

cortó aquel de la leyenda, para enviárselo á su princesa y dama.

El niño puede distraerme de este ensueño viejo; tú no, aunque juegues á salir de las olas, salvo la franela, como Afrodita...

A diversión tomo el engañarte inocentemente. Ya que tú me has perturbado en mi calma, te perturbaré en tus ambiciones. Gozo en hacerte creer, con indicaciones que aparento que se me escapan á pesar mío, que me traes fascinado, que lucho para no ceder al imán. Finjo suspiros, afecto brusquedades, hago como si tragase frases encendidas, bordo rendimientos, entretejo insinuaciones. Y así que te veo encandilada (no por mí, por mis accesorios de dinero y posición), hago la comedia de la retirada; me llevo á Rafaelín al bosque, á la playa, á los molinos, á los maizales, á los setos de zarzamoras, donde nos ponemos como dos bandidos—y echándome á cuatro patas, le digo á la criatura:

—Súbete: soy tu caballo, ó tu pollino, como quieras... Para ti, nenito, soy asno. ¡Sólo para ti!

## XIV

En el juego y desquite que mi cerebro se toma, entreteniéndose en presenciar y aun en provocar conflictos espirituales, encuentro un aliciente inesperado: además de Annie, otra persona está pendiente de mi escarceo. ¡Ya me lo sospechaba yo! Por lo visto, Desiderio Solís ha caído; había caído, por mejor decir, en las redes de la común enemiga y conservadora del género humano...

Vuelvo á concentrar mi atención, un momento distraída por un ampo de blancura en una encarnación femenil, en el alma que creí atormentada, complicada y simpática á la mía, del joven futuro preceptor... No, preceptor no; no temas, Rafaelín; te buscaremos un guía no



tan fácil en soliviantarse, en aturdirse al olor del mosto de la mocedad; un hombre en quien se hayan sedimentado las pasiones y que adore los libros: vendrá el viejecito cura bibliófilo. Para mí, Desiderio ha bajado muchos peldaños de la escala de valores. Soñar otras cosas, bueno; soñar á la mujer, y de esta manera anticuada, prevista, folletinesca, con arrebatos de celos y con sufrimientos enervantes, como el vulgacho... eso no me interesa absolutamente nada, y me produce una reacción de humorismo, que demuestro manteniendo al incauto en perpetuo estado de excitación y tortura. ¡Sufre, alma sin valor ni fuerza, sufre... ó elévate, como yo, hasta más allá de los dolores y los goces pequeños... hasta más allá de las epidermis de nieve, rosas y demás cursilerías!

Á cada mirar insistente que en la mesa dirijo á miss Annie; á cada palabra significativa que entre ella y yo se cruza—veo estremecerse á Desiderio, y noto la descomposición de sus facciones, de su cara turbia y movible como el mar. Á la hora del baño, estoy convencido de que, si le aplicásemos á Solís un termómetro

clínico, se apreciaría elevación en su temperatura. Adolece de una cotidiana pasional, una calentura de león. Más tarde, está caído y deshecho; sus ojeras amoratadas descubren la alteración de su organismo. Su violín solloza, y de noche me complace extrañamente escuchar el gemido de las cuerdas, que me parecen la queja de un condenado lamentándose más allá de la sepultura... ¿Por qué me recreo en oír desesperarse á este hombre á quien he querido sacar de la miseria? ¿Es mi eterno desprecio al sentimiento, al dolor, á la flaqueza, á la necedad de mis... prójimos? ¡No, eso no; yo prójimos no tengo, ni quiero tener!

Degradado por el suplicio celoso, acaso el más humillante de todos, Solís se rebaja hasta espiar. Juraría que de noche se quita los zapatos y viene á pasos tácitos y furtivos á pegar el oído á mi puerta, movido de sospecha vil, obsesa la imaginación por esa terrible facultad que desarrollan los celos materiales, de representarse los sucesos fantaseados con el realce y la plasticidad de lo escuchado y visto. Yo disimulo con arte supremo, en el cual hallo una



distracción digna de mí. Veo retorcerse al poseso y sonrío desde mi altura, y tiro de los hilos que mueven la mecánica de sus furores y de sus sensaciones crueles, y me complazco en formarme, con este ejercicio, unos músculos morales de acero templado...

Por las tardes se alivia un poco el mal de Solís: nota que yo paseo en compañía de Rafae-  
lin y que no trato de coincidir con la inglesa. Sin duda él ha intentado ofrecerse á Annie por acompañante, y sin duda Annie, cada vez más cebada en lo que cree mi conquista, le ha dado buenas despachaderas, marchándose sola, en su bicicleta, por las carreteras polvorosas. Bajo la presión de su idea fija, Solís se agrega á mí, unas veces desde que salgo de casa, otras como por casualidad: agregarse á mí, en efecto, es un modo de seguir á Annie los pasos y saber que, por lo menos, no está conmigo; es la antipirina de su fiebre. El alivio, el respiro que le dan estos paseos, en los cuales se mitiga su rabiosa psicalgia, se nota en su fisonomía: va hasta jovial y expansivo, con la involuntaria alegría saltante que presta la desaparición de

un dolor de muelas furibundo... A veces, me divierto en aguarle la fiesta, diciendo negligentemente:

—No sé si encontraremos á miss... La he dicho la dirección de nuestro paseo... Como ahora tiene bicicleta...

El artefacto deportivo había venido de Vigo, la población europeizada más próxima á Portodor; y nos sucedía encontrar en las carreteras á la joven, seductoramente masculinizada por los bombachos de paño café y leche, la media escocesa y la gorrilla de tela blanca; sofoquinada por la rápida carrera, alborotadas las guedejas color de cerveza blanca. Ante mi movimiento retráctil, pues yo no quería ir con ella, la miss sonreía maliciosamente, me lanzaba los dos rayos de zafir doblete de sus pupilas y continuaba pedaleando...

Desiderio, ante aquella ojeada que no se dirigía á él, me insinuó evitar las carreteras; eran lo trillado, lo previsto del paisaje. Nos dedicamos á explorar un costado de Portodor, en el cual, desde nuestra llegada, no habíamos sentido el pie todavía. Aun siendo la parte más



selvática de la comarca, era, en conjunto, amable y risueña; las orillas del río Andía, para mí familiares en los primeros días del despertar, después del semisueño brumoso de la infancia.

El río, próximo ya á desembocar y perderse en la ría, se hace más profundo y caudaloso, y sus márgenes, no encajonadas entre montañas, como las de otros ríos de la región, están guardadas de mimbres, alisos, cañaverales y sauzales frondosísimos. La flora es vivaz y rica: hay lirios morados y amarillos, y abunda una planta, cuyo nombre ignoro, que echa unos ramilletes de flor de un rosa vivo, con emanaciones de almendra amarga. No sólo al que tiene, como yo, aguzado el sentido del olfato, sino á todos, probablemente, una fragancia ó un olor, aun siendo grosero, les reconstituye íntegro un momento de la conciencia, tal vez borrado, perdido en ese archivo oscuro donde se van almacenando los sucesivos estados del alma. El balsámico olor de las umbelas rosa me retrotrajo, instantáneamente, á la hora de mi adolescencia, en que, deprimido por caídas y enfangamientos, apretado del mayor dolor, que

es la vergüenza moral, vi en el fondo del río unos ojos de tinieblas que me llamaban, y estuve á pique de irme hacia ellos, abriendo los brazos y exhalando el "¡Por fin!" de todos los ansiosos amores...

Reconocí la peña donde me había sentado en la hora de la tentación. Y, deseoso de ahondar en Solís, se me ocurrió volver á ocupar el mismo sitio, á la misma melancólica hora de sol poniente, cuando en el río cabrillean los mismos flamígeros toques, y se ensombrecen los mismos remansos lóbregos.—Siempre me ha complacido reproducir lo externo de una situación cuando falta lo interno, á fin de proclamar una vez más que no tiene valor alguno lo que nos rodea; que somos nosotros los que nos proyectamos sobre el paisaje y el ambiente.—Y, tomando pie de esta observación, afectando la necesidad de confianza, que es una de las flaquezas de nuestro espíritu,—enteré á Solís de lo que aquel paisaje me recordaba.

—¿No es cosa rara que se desee con tal vehemencia dejar de ser?

Al formular esta pregunta le observo.



—¡Qué ha de ser raro eso! Lo extraño es que deseemos vivir, D. Gaspar—contesta el mozo.— Debe de estar bien claveteado allá dentro de nuestro sér lo que llaman instinto de conservación, cuando todavía no se ha despoblado de humanidad el globo. Tenemos mil razones de morir, y ninguna de continuar sufriendo esta broma pesada.

—¿No cree usted que somos ahora más felices que en otras épocas? Los adelantos...

—¡Los adelantos! — Maldición en ellos!... —exclamó violentamente.— Los adelantos, en nuestro período actual, ahondan las diferencias sociales; se consagran al dinero. Los pobres, los que estamos debajo, tenemos la ventaja de ver cómo todo, ó casi todo, lo que se refina en la civilización y en la cultura, es para una casta, la casta dorada... á la cual nunca hemos de pertenecer. Soy de la casta del cobre. No hablarme de adelantos.

—Sin embargo, amigo Solís—insinué traidoramente,— hay muchísimas cosas que lo mismo son de los dorados que de los cobrizos. Los goces intelectuales, por ejemplo...

—Don Gaspar... yo he empeñado á veces por dos pesetas mis desencuadernados libros, atesados de notas y apostillas... Yo me he retirado del Ateneo, porque no podía pagar las cuotas... Yo, obligado á pasarme las mañanas traduciendo patochadas á diez duros el tomo, me he embrutecido en esa tarea de macho de noria... Yo no he podido ver trabajar á la Duse, porque no me gusta estar prensado en el gallinero, y no tenía para butaca... ¡Hábleme usted de placeres intelectuales!...

Miré hacia el río, del cual se elevaba una frescura sepulcral, y arrancando distraídamente un ramillo de flores rosa, jugueteando con ellas, deslicé:

—¿Y el amor? Ahí tiene usted algo que ni reconoce cobre ni oro... Esa fruición nos iguala.

Solis saltó, convulso. Se notaba en su voz la furia repentina.

—¿Qué nos iguala? Basta que usted lo diga... ¡Para los cobrizos, las del arroyo! Si tenemos aspiración hacia una mujer bonita, inteligente, delicada... allí estará uno de la casta de oro



con su oro en la mano, y suya será la victoria!... ¡Como si no lo supiésemos!...

Y rompió en una risa sardónica, insultante.

—*Father*—gritó Rafaelín al pie de la peña que me servía de asiento:—¡mira un pez! ¡Un pez que salta del río!

—Una trucha, alma mía—respondí acariciándole.—Eso prueba que en el río hay hondones, y los niños no deben acercarse á él.—Según eso—insistí dirigiéndome al profesor,—¿usted no está á bien con la vida?...

—No estaré á mal cuando vivo—declaró torvamente.—Incurro en la contradicción general... Nos quejamos de la carga y no soltamos el lastre... Ó intentamos soltarlo una vez, y no lo conseguimos... y ya no se repite el intento. ¿Verdad que es curioso? Tomamos una resolución... La estorba una nimiedad... Nadie nos obligaba á resolver; nadie nos impide volver á la carga... y no volvemos. Y las circunstancias son las mismas ó peores; y no volvemos. Y estamos convencidos de que deberíamos volver; y no volvemos. ¿Seremos necios?

—Somos una red de contradicciones... No somos animales lógicos...

—Pues hay que serlo—decidió Solís, contundente.—Persuadidos de que una cosa conviene, se hace... Y se hace por cuenta propia y ajena. No comprendo cómo los que se salvan no salvan á la vez á algún amigo... ó enemigo. ¡Es tan fácil...! En la barca hay sitio para muchos naufragos. ¿Y por qué no darse, antes de partir, un refinado goce? Vea usted: este goce es concedido igual á los cobrizos que á los dorados. No: mejor á los cobrizos, porque los dorados están reblandecidos, y no tienen el valor del gesto supremo...

—Sí—pronuncié retándole con una mirada serena y fija,—recuerdo su artículo de usted en *El Ideal*, un periodiquito... Allí desarrollaba usted la misma tesis.

—¿Llegó usted á leer aquello?—preguntó entre receloso y halagado.

—En efecto: lo leí. Es un artículo tranquilizador. Lo entendí como deben entenderse las lubricaciones que se confían al papel. Aunque no soy escritor, sé que en cuanto una idea sale



de nosotros y cae sobre la hoja blanca, es como si se deja destapado un frasco de perfume: cátao desvirtuado... No creo en lo que se escribe.

—En lo que yo escribo, crea usted lo mismo que en lo que digo...

La amenaza del rival me arrancó una sonrisa. Paré la estocada, murmurando negligente-mente:

—En dichos creo menos aún... Escribir, hablar, son las válvulas por donde desahogamos lo superfluo de la actividad del cerebro. Remedio probado contra los impulsos absurdos que nos precipitan al disparate ó á la acción prohibida ó criminal. El alma se liberta con rasguños y palabras, con aire y papel. No soy nada amigo de máximas; pero reconozco que del dicho al hecho... Fanfarroneamos hasta con nosotros mismos; nos contamos mentiras, nos juramos que haríamos esto y lo otro... y nada hacemos, en puridad. Aire, ceniza de voluntades y deseos...

—No todos somos iguales, don Gaspar—recalcó Solís.—Hay hombres en el mundo que

han nacido cómicos; que, no teniendo auditorio, se representan comedias á sí mismos. Hay también hombres —añadió con glacial y cortante reticencia—que no pueden figurarse ciertos modos de sentir, ó porque su sentir es obtuso, ó porque no lo afinaron las desgracias, los conflictos, las tiranías de la vida... El dorado, que encuentra todo preparado á su gusto, mesa puesta y alrededor de la mesa una reunión divertida y amable, mujeres que le sonríen, parásitos que cantan su gloria... ése ¿qué sabe de lo que se puede llegar á soñar para sustituir con el sueño todo lo que nos ha negado la realidad? El único goce de dominación del que ni posee riquezas ni poder ni amores... tiene que ser ése: extinguir...—¿No lo comprende usted?—insistió, enviándome la pregunta como un soplo de lo desconocido.

Resistí su mirada y se la devolví saturada de menosprecio. Y no lo hice por afectación: era que, realmente, en aquel momento, le menospreciaba. Su teoría de que el abismo del alma se colma con riquezas, poder y amor, era para mí el más mezquino de los dislates. Estaba, el



supuesto intelectual á la altura de los pintorescos mendigos, más alegres que yo, cien veces más dichosos, á quienes limosneamos el domingo y que me creen monstruo de la fortuna porque tengo siempre mucho y bueno que comer y en la faltriquera monedas que repartirles. ¡Eres un mendiguillo, Desiderio! ¡Y todo por un pedazo de carne blanca, donde la naturaleza incrustó dos cuentas de vidrio azul y plantó un matorral de hebras de pelo color cerveza blondal...

— *Father* — dice la voz pura: — mira, ha vuelto á saltar el pez... Péscaló, ¿di? Quiero verlo.

— Si lo pesco morirá... ¿Te gusta que muera?

— No... ¡Pobre pescadito!... Morir no — declara el nene, y fija en mí su cándido mirar, asombrado de algo que no comprende.

Luego, asiéndose á mi mano, articula:

— *Father*, dime, anda... ¿Qué es morir? El pescadito, si muere, ¿cómo quedará? Y su *father*, ¿llorará por él, di?

## XV

El día siguiente á la tarde en que pasamos este diálogo Solís y yo, domingo era, y había limosneo. Conservo y restauro esta costumbre, procedente del tiempo de mis padres, no porque me parece caritativa, sino únicamente por encontrarla estética, complemento adecuado de la torre de tostadas almenas picudas, inútiles para la defensa, pero bonitas sobre el celaje. Además, ¡el niño goza tanto con la distribución! razón babosa que ejerce sobre mí suma fuerza.—Nos sentábamos bajo el emparado, entonces cubierto de pámpanos, entre los cuales comenzaban á pintarse de un carmín claro aún los racimos. Al lado, la fuente gorgoriteaba su canción monótona y deleito-



sa. Frente á nosotros, descubría la vista la extensión de la ría, espejeante, rebrilladora, salpicada de espuma un momento por el brinco de un delfín, ó cortada por el vuelo airoso de una barca de pesca, tendida el ala de su vela latina. Los puertecillos de la costa agrupaban diminutos, como casas de juguete, su caserío. Olía á helechos frescos, á madreSelva y á soplos de mar, que llegaban por bocanadas. Yo, cauto, me provistaba de un frasquito primoroso de sal inglesa, por si los mendigos esparcían su acostumbrado vaho á hormigas, á salmuera, á aguardiente de caña en estómagos mal nutridos.

Presos los perros, irreconciliables enemigos de los pobres, presentaba el mayordomo el cestón atestado de trozos de pantrigo—no de sobras, eso lo prohibía yo, sino de mollete fresco y de tortas de borona.—Á Rafaelín se le entregaba un bolsón repleto de cobre. En mi bolsillo danzaba plata menuda, para los casos de mayor simpatía ó capricho de la criatura. Los pordioseros, según orden que se les había dado, aguardaban formados en doble fila.

Yo conocía ya á muchos de ellos; pero cada domingo venían algunos nuevos, de otras parroquias, atraídos por la fama que cundía de mi liberalidad y buen corazón. Se respetaba jerarquía y antigüedad: los de la parroquia eran socorridos primero, luego los de las circunvecinas, por orden de proximidad á Portodor. La expresión de todas las caras, ó de casi todas, es de júbilo y de una malicia humilde, como la de los legos bobos que fian en Dios y chorrean esperanza. La presencia de Rafaelín les saca de sus casillas, y rien más, y exclaman cosas más chuscas y optimistas; vejezuelas desdentadas rien como niños de pecho; vejezuelos reumáticos, arrastrándose sostenidos en un palo, rien plegando el rancio cuero de su cara de manzana tabardilla muy madura; un lelo ríe de felicidad al tocarle la manecita del nene, y se olvida de devorar el mendrugo; un ciego es el más jovial, y se empeña en mosconear en la *zanfona* y en dedicarnos coplas alusivas, aduladoras, donde nos llama reyes.

—¡Peseta para el ciego, *father!*—suplica el pequeñín. Y allá va la peseta...



Una mujer flaca, que lacta á dos gemelos, es la única que pone gesto melancólico; pero al darle Rafael ración doble y peseta, ensarta bendiciones y sonríe, desenfurrñada.—Un chiquillo de unos ocho años se adelanta con una esportilla, marmoneando no sé qué.

—¿Tú quién eres? No te habíamos visto.

La de los gemelitos explica:

—Es de Naimor... Es así, tiene la habla trabada... Pide para su abuela, que está encamada con la *paralís*...

Rafael, entonces, se adelanta, coge de la mano al chico, y misteriosamente le entrega algo.

—¿Que le das, Faelín? Si no te riño; si no te riño...

—Un bizcocho mío; es mío, es mío; que no lo quise con el topolate...—y en la voz hay una entonación de protesta.

—Bueno, querido. Traiga usted más bizcochos—ordeno al mayordomo, que extraña un poco la orden.—Vas á repartir tú bizcochos ahora, cielo.

Enfaenado Rafael en distribuir el contenido de la bandeja, entre el coro de “¡Vivan cuanto

deseen! ¡Dios le guarde de una envidia! ¡Dios le haga santo!” de los pordioseros engolosinados,—no advertí que dos señoras subían la cuesta que conduce desde el pueblo de Portodor á la torre. Hasta el mismo instante en que desembocaron en el camino de serventía que rodea la tapia del patio, tampoco era fácil verlas, porque los viñedos hojosos, los matorrales de zarza y saúco, los brabádigos y los altozanos del terreno lo impedirían. Me levanto, me precipito, echo mano al *canotier*... ¡Sorpresa! Son Camila y Trini, risueñas, con sobrealiento, bajo quitasoles de seda tornasolada.

Sin duda buscaban precisamente esto—cogerme desprevenido, en plena vida libre,—á ver qué posición adopto cuando estoy solo... La emboscada es doblemente cautelosa, puesto que Camila, hará una semana, me escribía desde Madrid que Trini no acababa de decidirse á venir á las aguas de San Roque, y que más bien la veía inclinada á tomar el rumbo de Alemania, deteniéndose una semana en París.—Es indudable el complot. ¿Qué importa? La visita me distrae...



Lanzo las inevitables exclamaciones de admiración...

—¿Qué es eso? ¿Caemos mal, por casualidad? —pregunta Camila derrumbándose en el pretil, porque viene que no puede más de la subida.—Ya ves, hemos seguido tus indicaciones; nos presentamos por la mañana, á pedirte de almorzar...

—Sentiría mucho que le causásemos molestia...—murmura Trini, confusa.—Camila me ha animado tanto... Me ha dicho que usted le había dicho en Madrid...

—Por Dios, Trini... ¡No sé cómo manifestar á usted que estoy verdaderamente agradecido!... Venga usted, venga á descansar un momento á casa, á arreglarse; en fin, á lo que quieran... Pronto almorzaremos... Miss Annie—ordeno á la inglesa, que acababa de presentarse, súbitamente, de piqué verde claro, con una rosa lacre en el corpiño:—¿quiere usted hacerme el favor...? Estas señoras...

Y dándome cuenta del motivo porque la inglesa, con un molinillo dentro, no se mueve, lleno la fórmula:

—Miss Annie Dogson, la señorita que cuida del pequeño... Mi hermana... la señorita de Dávila...

Si con afectación se inclinaron las damas, con rígida tiesura cabeceó Annie. Dijérase que una barrilla de hierro pasaba á lo largo de su espinazo.

—Gracias, Gaspar — exclamó Camila; — no nos hace falta arreglarnos por ahora: el camino es corto; un cuarto de hora para cruzar la ría y una hora de coche... El ratito de venir á pie es lo peor.. pero no hay tiempo de notar mucha fatiga; son diez minutos...

Desde que Trini había llegado, no apartaba los ojos de Rafaelín. Le miraba encantada, sorprendida, sin duda, de su belleza. De pronto, con movimiento simpático, se bajó y le tomó en brazos.

—¡Es el niño! ¡El niño!—repitió enfáticamente.—¡Qué precioso! Parece un angelito de los que se ven en los cuadros de Murillo... ¿Pedirás á Dios por don Gaspar, eh, nenito? Pídele mucho.



—No va á entender, Trini... Dígale usted que pida por *father*. Don Gaspar es un personaje que para él no existe. ¿Verdad, *baby*? Soy su papá... en inglés.

Como la señorita se disponía á besarle en los carrillos, miss Annie se interpuso rápida, dando una orden secatona:

—*Baby... shake hand.*

Desiderio Solís, que bajaba la rampa emparrada que conduce desde la cocina de Portodor hasta el patio, se paró en firme al ver á las señoras. Hubo en su gesto algo de esquividad felina, si así puede decirse; fué la retracción de una alimaña sorprendida en su cueva. La cueva de Solís, ¡ya la conozco!: es la sombría madriguera de sus pensamientos desesperados y ansiosos, entre los cuales se revuelve. En esa madriguera me encuentra á mí y me destroza á mí; y se acentúa la intensidad de mi goce al desafiarle, y en un desenfrenado imaginar me figuro la pronta supresión de la existencia que puede darme un loco lúcido como éste, al filo del cuchillo ó á la bala del revólver... Experimento una fruición de orgu-

llo, íntima, deleitosa—y, encontrándome á la altura de un poeta favorito, comprendo la gentileza del morir, y, sobre todo, la gentileza de jugar con la sensación del peligro oculto, inminente, como se juega con un lindo kriss malayo de afiladísima hoja serpentina, envenenado con zumo de euforbia. El atractivo de todos los seres que por un momento han fijado mi atención, solicitado mis sentidos, hasta buscado en el camino de mi corazón—Rita, Annie, Camila, Trini, el mismo Rafaelín—cede, se eclipsa ante este amor antiguo como mi juventud, esta curiosidad y sed del gran Secreto... Ya que no me decido á ir, á paso tranquilo, hacia él, que venga él á mí, sin las decadencias de la enfermedad, sin las torturas de los padecimientos, sin los delirios de las fiebres y con el hechizo peculiar del drama psicológico... ¿A que no es verdad, menguado Solís? ¿A que no te resuelves, una mañana...? Yo te daré vapor, pobrecillo celoso de la podredumbre, de la misera carne de la mujer. Te estiraré el cordel, te haré tascar el freno en los pocos días que nos restan de verano y de baños salobres. Y



estoy de ello seguro: nada ocurrirá digno de referirse; tu amenaza tácita ó explícita será otro poco de aire; no sabrás proporcionarte y disfrutar la sensación suprema, el trago de infernal ambrosia de suprimir con tus manos una existencia humana... No serás tú quien me haya asustado, profesorzuelo; no están nuestros espíritus al par. Espera...

Y le llamo, complaciéndome en saber yo solo lo que tiene de significativo el rostro descompuesto y demacrado, la chispa siniestra del mirar de Solís. También interpreto perfectamente la vislumbre de satisfacción que le causa la presencia de las dos señoras. La misma sospecha que hace fruncir el rubio ceño á Annie, despeja momentáneamente la frente de Solís, que se acerca titubeando.

— El futuro ayo de Rafael, don Desiderio Solís... Mi hermana, etc...

Trini es la más espontánea: le tiende la mano con afabilidad; él, entre remiso y lisonjeado (no son sino sacos de vanidad, estos aparentes bohemios), la estrecha desmañadamente. Camila le mira, reprobando para sí las negli-

gencias de su atavío y sus maneras hoscas, insociales.

Toda esta escena, más breve que mi relato, se desarrolla entre el corro de pordioseros, los cuales, á fuer de genuinos mendigos españoles, se interesan más por lo que sucede á su alrededor que por su negocio de pedigüeñería. Las mujeres, con la boca abierta, no se sacian de admirar los trajes de batista floreada, los sombreros frondosos y botánicos de las dos señoras. Una medalla de Juana de Arco, cercada de rubies *calibrés*, que Trini ostenta al cuello, les arranca exclamaciones admirativas y bendiciones desinteresadas. Trini se apresura á registrar su bolsa de malla de oro, y á distribuir el cambio que lleva. Luego, acepta mi brazo para subir la rampa.

Desiderio Solís, después de unos instantes de angustiosa vacilación, se resuelve á ofrecer el suyo á Camila. Ella hace que no ha visto la actitud, y sube derecha, sola, prontamente, como quien conoce bien los lugares donde se encuentra. Solís se encoge de hombros, creyendo que no le veo, para fanfarronear con



miss Annie, que acaba de dirigirle una mirada irónica. Rafael nos precede corriendo, alborozado, guiando á Trini, con la cual ha hecho migas; y, alzando cuanto puede su manita, le cuenta cosas:

—Tengo un pero así de gande... Lo pendieron porque muede á los pobes... Yo no quero que los mueda...

Entramos en la "sala de la torre". Camila se encarga de explicar á Trini esas cosas que se explican siempre al que pisa una casa por primera vez. Sobre el sofá hay un retrato de mujer, con el pelo en moño de rizos, los hombros caídos, el corpiño picudo de talle y el cuello blanco vuelto, característicos de la moda de 1860.

—¡Cómo se te parece esta señora!— exclama Trini.

—No tiene nada de particular... Es mamá— dice Camila.

La mirada de Trini pasa del retrato á la cara, no de Camila, sino mía. Toma un pretexto para mirarme, — lo he notado. — Quizás esta mujer ha pensado mucho en mí á solas. Viene,

me parece indudable, bajo el influjo de una inquietud dolorosa respecto á miss Annie. Para Trini, como para la muchedumbre, yo me entiendo con la nivea inglesa... Y siento un chispazo de cólera al reconocer que, una vez más, el sentido común de las gentes no es tan vano y hueco como pensamos los soberbios, que nos situamos fuera de la grey; porque, no hace veinte días, si me dejo llevar del instinto...

Visitan la casa las señoras, gustosamente. Se detienen mucho en recorrerla. Lo que las interesa, al parecer, es la distribución de las habitaciones. Camila lo revuelve todo, lo pescuda todo, con su ojeada maliciosa, digna y escandalizada á la vez. El examen resulta inquietante. Yo ocupo, en el segundo piso de la torre, un cuarto no muy amplio; detrás de él, en otro más chico, duerme Tadeo, mi ayuda de cámara; y enfrente, dos habitaciones de dimensiones iguales, separadas por un pasillo, corresponden á Rafael y miss Annie. El primer piso de la torre queda reservado para un salón. Y al cuerpo de edificio, detrás del despacho y comedor, está relegado Solís. De aquí, los espionajes nocturnos.